

CAPÍTULO XIII

América Septentrional. — Colonias inglesas y francesas.

Entre el golfo llamado de Méjico y el Océano Atlántico se adelanta hácia las Antillas el Cabo de la Florida, y España encargó á Narváez que sometiese los países comprendidos entre este Cabo y el de las Palmas. Embarcóse con Alvaro Núñez y otros seiscientos, y en Cuba fué sorprendido por uno de esos torbellinos que allí se conocen con el nombre de huracanes, de violencia desconocida en Europa, y tal que arrojaba las casas una sobre otra y descuajaba las plantas seculares cual si fueran débiles arbustos. Recompuesta la destrozada escuadra llegaron á la Florida; pero no encontrando allí los montes de oro que esperaban ver por todas partes, y confiando descubrirlos hácia la cadena de los Apalaches, se aventuraron á seguir adelante por desconocidas regiones, sin provisiones ni guías. En breve tuvieron que sufrir los rigores del hambre en una tierra pantanosa ó silvestre, y solo despues de mil trabajos llegaron al suspirado pueblo de Apalachen; pero allí no encontraron nada de lo que se habian prometido; solo sí vieron á los naturales recelosos y dispuestos á aprovecharse del menor indicio de temor. Allí al verse precisados á volver atras, fueron muchos los que murieron, quedando otros muchos presa de las enfermedades y miserias. Habiéndose alargado en tan miserable estado hasta la bahía llamada de San Marcos, conocieron que les era imposible seguir la costa hasta aproximarse á sus naves, por lo cual se propusieron hacer una como pudieran; convirtieron en velas las camisas, de las fibras de las palmeras hicieron cuerdas, y en seis semanas tuvieron construidas cinco barcas, capaces de llevar cuarenta hombres cada una; pero tan cargadas que no les quedaba nada desocupado.

Confiados de esta suerte á las olas, lucharon algunas semanas con la muerte. Narváez renunció á su autoridad y se quedó detras con sus compañeros. Alvaro Núñez se aproximó con los suyos á una isla, y despues de abordar con gran trabajo, obtuvieron compasion y víveres de los naturales; pero al volverse á embarcar, un golpe de mar volcó la barca y parte de los viajeros se ahogaron, y los demas quedaron desprovistos de todo, hasta de esperanza. En medio de esto tuvieron la fortuna de que los salvajes se compadecieran de ellos; pero estos eran pobres, y no les faltaba razon á los Europeos para temer que se les estaba engordando para sacrificarlos á sus divinidades. Con el invierno sobrevino tal hambre entre ellos, que se vieron reducidos á comerse unos á otros, á cuyo espectáculo los Indios cambiaron la compasion en horror, atribuyendo á aquellos feroces extranjeros las desgracias extraordinarias que sufrían.

Por último, Núñez pudo huir al continente y

se dedicó á traficar en conchillas en el interior del país, cambiándolas por el ocre rojo de que se pintaban los naturales, y tambien por pieles, cañas y espinas para hacer armas. Su actividad le hizo bien pronto el mediador universal del comercio entre aquellas tribus enemigas; pero cansado de aquel destierro sin fin, quiso aventurarse de nuevo, y con dos compañeros intentó el paso hácia el mar, atravesando tierras y pueblos desconocidos y feroces. No hay para qué decir lo que sufriria, acometido, reducido á la esclavitud y á alimentarse de gusanos y hasta de madera; dió en decir que era médico, curando con el soplo las enfermedades, y, dice él, resucitando á un muerto, por lo cual respetado y precedido por la fama atravesó el *gran río*, esto es, el Misisipi, penetró en los desiertos comprendidos entre Méjico y lo que hoy son los Estados Unidos, y por último llegó á tierra de Cristianos, de los cuales recibió un tratamiento no mucho mejor que el de los salvajes, embarcándose despues para Europa (*).

Aquí pidió el gobierno de la Florida, que se le debía como á su descubridor; pero Hernando de Soto, capitan que se habia señalado en el ejército de Pizarro, empleando su reputacion y mas todavía el dinero que habia traído del Perú, le consiguió para sí y armó por su cuenta diez naves con novecientos hombres, la mayor parte expertos en las armas. Fuéle perjudicial el no haberse aprovechado del ejemplo de Narváez, pues encontró jefes de tribu indomables, guerras enojosas y nada de oro, por lo cual murió sin adelantar nada, y sus compañeros tuvieron á dicha poder trasladarse desnudos á Méjico.

La desgracia de Soto refluyó en crédito de Núñez, que fué enviado como gobernador de Buenos Aires. Habiendo naufragado en la costa del Brasil, se determinó á intentar por tierra un paso á que solo podían dar valor sus aventuras anteriores, y unas veces á pié, otras navegando por rios, llegó á su gobierno al cabo de cuatro meses. Se malquistó en breve con los colonos por su propension á proteger á los Indios, y habiéndose sublevado, le enviaron á España encadenado: aquí padeció los males de un proceso de ocho años, al cabo de los cuales fué absuelto, pero no castigados sus acusadores, ni tampoco se le devolvió el gobierno.

Sus empresas habian estimulado á conocer los países situados al Nordeste de Méjico, por lo cual el virey don Antonio de Mendoza envió con este objeto al franciscano Marcos de Nizza, el cual volvió contando maravillas del oro y la plata que habia visto, y de las veinte mil casas de Chivola, todas de piedra y de muchos pisos. No se necesitaba mas para excitar el entusiasmo general. Al momento salieron dos expediciones, una por mar á las órdenes de Fernando de Alarcon, que no tiene nada que de contar sea,

(*) En la Aclaracion (Φ) ponemos un extracto de los *Naufragios* de este hombre extraordinario.

COMBATE EN LA FLORIDA
entre Franceses y Españoles

y otra por tierra, que acaudillada por Vasco de Coronado, se dirigió al país indicado por el fraile con el nombre fabuloso de las Siete Ciudades; pero su camino fué mas largo y trabajo de lo que se pensaba. Chivola no era mas que una pobre aldea, y de oro y plata ni aun señales se encontraban, si bien los habitantes parecían mas civilizados que los salvajes vecinos. Habiendo oído hablar de la ciudad de Quivira, se dirigió Vasco á ella andando trescientas leguas de camino, y le pareció mejor que las siete ciudades soñadas, y abundante en cierta especie de ganado lanar. Así lo refirió el viajero; pero ni ciudades ni ganados han podido volverse á encontrar despues. ¿Será menester suponer que fué un impostor como el padre Nizza, ó que acaso perecieron todos los habitantes, y son indicios suyos los restos de civilización que encontramos?

Los Franceses no habian tomado parte ni en los trabajos ni en los provechos de los primeros descubrimientos, por estar ocupados en las guerras de Italia y despues en las disputas religiosas, pues el viaje que en 1524 hizo Verazzani por orden de Francisco I, no tuvo consecuencias. Jacobo Cartier de San Maló, que habia ido para explorar la costa de Terranova, reconoció el Rio de San Lorenzo, y siguiendo sus márgenes hácia arriba, encontró una vegetacion nunca vista y formó alianza con los naturales; pero los pueblos vecinos, como le vieron seguir rio arriba, trataron de espantarlo enviándole tres personas vestidas de demonios, las cuales no hicieron mas que promover su risa. En su viaje encontró por todas partes un terreno fertilísimo y pòlticos habitantes, y la ciudad de Hochelega, junto á la cual habia una deliciosa colina que el viajero llamó Monreal, desde cuya altura se veía al rio correr por un espacio de quince leguas para precipitarse en una gran cascada. Cogióle á Cartier el invierno en este país, y se helaron las aguas en torno de su nave, al mismo tiempo que gran parte de los suyos morian de escorbuto; sin embargo, cuando volvió á Europa, con la descripcion que hizo de tan hermoso país, animó á mas de uno á ir á colonizar al Canadá, aunque el éxito no siempre correspondió á las esperanzas que se llevaban. El año 1591 fué á este país Ravelon, no tanto para hacer descubrimientos cuanto para la pesca de las focas. Enrique IV envió al marques de la Roche por lugarteniente general de las tierras del Canadá, Labrador, Hochelega, Norimbega y Terranova, con las acostumbradas autoridades; pero no consiguió grandes cosas. En este tiempo habian sido reconocidas las costas de la Acadia, y Champlain dió mejor organización al gobierno del Canadá, que fué desde entonces el corazon del poder frances en América, fundando á Quebec y aliándose con dos tribus salvajes, los Algonquinos y los Hurones. Estos estaban separados de los terribles Iroqueses por el Rio San Lorenzo, próximos á la bahía de Hudson y al lago Ontario; acometíanse al-

ternativamente unos á otros, y Champlain dando ayuda á los Algonquinos, hizo á los Iroqueses irreconciliables enemigos de su nacion.

Al fundar sus colonias no manifestaron nunca los Franceses la paciencia pertinaz y la constancia impertérrita de los Españoles y Holandeses. Arruinada en el Brasil la colonia de que hemos hablado, creyó Coligny conveniente para sus correligionarios la ocupacion de la Florida, y Carlos IX concedió dos naves á Juan Ribaut de Dieppe, que partiendo con un cargamento de reformados, desembarcó en el rio que despues los Españoles denominaron de San Mateo: desde allí siguió explorando y preparando una nueva Francia, y en la bahía de Portreal fundó á Charlefort. El capitan Albert, que quedó encargado de este, hizo amistosas relaciones con los Indios; pero cayendo en la miseria al poco tiempo, construyó unas naves de una sola vela y volvió á Europa con sus miserables restos.

Agitada Francia por las guerras entre hugonotes y Católicos, no podia atender á su nuevo establecimiento, pero apénas se sosegó algun tanto, consiguió Coligny que se mandasen tres naves á las órdenes de Renato de Laudonnière, entre cuyos secuaces iba el pintor Le-Moine, cuyos dibujos, grabados por Dabry, presentaron por primera vez á la vista de los Europeos escenas y costumbres de la vida salvaje y de los nuevos países. Los primitivos colonos ya habian partido de la Florida cuando los segundos llegaron, y Laudonnière prefirió para establecerse las riberas del Rio Mayor, donde halló favorables á los naturales y al cacique Laturiaiva. Pero mezclado por este en las contiendas con sus enemigos, se enemistó con otros salvajes, sus mismos secuaces se le amotinaron, y sus piraterías contra las colonias de los Españoles avivaron el ódio que estos tenian ya á los Franceses por ser heréticos.

Como tales tuvo orden de atacarlos Don Pedro Mendez de Aviles, el cual se afrontó con ellos, cuando desesperados de sostenerse y faltos de vituallas, destruían sus fuertes para reembarcarse, por lo cual no pudieron resistirle, y mucho ménos cuando rechazó los socorros que les venian de Francia. Entró, pues, á sangre y fuego la colonia, y si declaraban que no eran Católicos, hácia ahorcar á cuantos cogia, *no como Franceses, sino como herejes*. No estaba Francia en estado de pensar en la venganza; pero la tomó Domingo Góurges, veterano de las guerras de Italia, que tomando á préstamo dinero con tres naves y ardiente animosidad, llegó á la Florida, y entendiéndose con los Indios por medio de algunos Franceses residentes entre ellos, acometió á los establecimientos españoles y ahorcó á los pocos que cogió vivos, *no como Españoles, sino como asesinos*. España pidió una reparacion á Carlos IX, que deseando estar bien con ella, persiguió á Góurges, y el pensamiento de la colonia quedó abandonado.

De esta manera América, que dias ántes no conocia á Cristo, se ensangrentaba ya por las